

# Puntos de fuga

## Caso María Posiciones del analista ante una duda diagnóstica

**GABRIELA MERCADAL**

Tenemos bien presente que la fenomenología no nos asiste a la hora de establecer un diagnóstico. La clínica de la mirada excluye la posibilidad de escucha. Frente a nosotros tenemos sujetos a los que, en un primer momento, debemos acompañar en el despliegue de un discurso que dé cuenta de su posición en él, de su lugar (o su no lugar) en relación al Otro. Intervenciones que abran esta posibilidad serán las indicadas para estos momentos.

De quien llamaremos ficcionalmente María se percibe una ilación lógica "infalible" en sus cerrados planteos iniciales. Una primera impresión enigmática se ofrece en su mirada, pero que rápidamente es tragada por una boca bien abierta, bien dispuesta para hablar. Es prolífica, puntual y su boca no cesa de emitir sentencias donde abundan las interpretaciones. Algo semejante a una duda, de vez en cuando aparece, para inmediatamente, una vez más, ser tragada en las correlaciones "lógicas" presentadas.

No se detiene. Ni en el dispositivo ni en la vida: "No paro en casa" dirá. Un sostenido insomnio es la consecuencia "lógica". Pero agrega que "debe ser porque a la noche era cuando a mi marido le agarraban los ataques de locura y ahora me siento como liberada". "Ese matrimonio fue un infierno". Infierno implacable en el que cayó por "huir" de su casa, donde la locura y la enfermedad se entremezclaban con los Cielos de una religión familiar que se sostenía a ultranza; que sostenía... Un denominador común une a este Cielo con aquel Infierno: "me pone mal mi enganche con la enfermedad", pero ni en ese punto María logra un deslizamiento desde la madre al ex esposo. No hay metonimia en juego aquí. La familia materna opera al modo de "plomada" en su discurso.

En sus intentos por poner "límites" a quienes la "agobian", logra que algo sí detenga su implacable marcha. Inmediatamente después de la primer entrevista un fuerte accidente la lleva a volver a vivir con la madre por un tiempo (vive sola desde su separación, hace 4 años). Efecto de ello es también, la pérdida de la posibilidad de continuar con su tratamiento. Hacia el accidente, mediante una nueva interpretación cerrada, ella lleva también un "insomnio" que la invade, pero no logra detenerse (¿reaccionar?, ¿despertar?) ante un hecho así, precipitado en un momento en el que dice: "no pude reaccionar"; frente al cual parece haberse quedado "adormecida". Instante de perplejidad que la deja inerme ante lo que la invade. No es la primera vez. Hubo un anterior accidente con características llamativamente semejantes en diversos aspectos: no reacción - posterior necesidad de volver con la madre - consecuencias graves en el cuerpo.

Tiempos de presentaciones y de algunos intentos fallidos de la analista por ir un poco más allá

-mejor, un poco más acá- en las indagaciones. Puntos no dialectizables en relación a una familia materna intrusiva hasta la angustia no posibilitan ahondar respecto de un borroso y "débil" padre alcohólico cuya muerte se desliza como provocada por haber sido "sacado del medio" por un tío materno; estandarte este último de un Ideal a sostener<sup>1</sup>. Pero en medio de tanta vulnerabilidad paterna una advertencia logró hacerse su lugar: fue respecto del "poder materno" (con mucho esfuerzo María consigue llegar a este recuerdo del padre). ¿Es que esto será suficiente para la inscripción de un significante fundamental que signe un camino? ¿Cuán "débil" fue esa presencia? ¿Estaremos frente a una "carretera principal" o frente a los "cartelitos" que intentan, caótica o desesperadamente, dibujarla?

Tiempos de intuiciones y consecuente necesidad de formularse interrogantes por parte de la analista. ¿Cómo correrse entonces de una fenomenología que se intuye contrapuesta a un discurso? Si una clínica de la mirada nos ubicaría por la vía de la neurosis, ¿es que la escucha, en este caso, abre un panorama diferente? En todo caso, este cuerpo que se presenta tan ordenado, tan fuera del síntoma ¿no tiene algo más para decirnos? En principio parecería ser la sede de una puesta en acto de aquellos límites que no logran aparecer de otra forma, por la vía simbólica. El precio es alto pero, insisto, no a la manera sintomática.

Es, entonces, que se impone la intervención de "otra escucha"; esto, en un doble sentido. Por un lado, terciedad que abra un espacio "éxtimo"<sup>2</sup> desde el cual posibilitar algo del orden del acto analítico, no logrado hasta el momento frente a la duda diagnóstica que paraliza. ¿Hasta dónde intervenir? ¿Qué puntos abordar y cuáles no? ¿Qué resortes movilizar y cuáles mantener sosegados? ¿Frente a qué "precipicio" podemos estar?

Por otro lado, rever los puntos ciegos que también dificultaban "toda" intervención ¿Dónde se "escondía" ese "todo" que no posibilitaba abordar la parte? ¿Por qué no se lograban rescatar (escuchar?) aquellas intervenciones -e intuiciones- que habían producido algún efecto?... Y esta vez, los límites, de parte de la analista... ¿Qué hacer con ellos entonces? Ponerlos a trabajar.

Y es a partir de este poder resituar-se el caso que logra abrirse paso un cuerpo cuyos límites borrosos ubicados en una mirada perdida -que ahora se puede "escuchar", se puede situar en un cierto estatuto- da cuenta de una existencia que no ha logrado constituirse acabadamente: "yo vivía en las nubes". Aquellos límites que no se lograban poner a las "invasiones" maternas, familiares y del entorno no reflejaban más que la dificultad para establecer los *límites del propio cuerpo*, de la propia existencia; quedando así desdibujada, adormecida.

En esta línea se puede ubicar entonces, la desesperación ante la infinita demanda de un entorno que la quiere llevar a la "nulidad religiosa" de su casamiento (ella está "sólo" divorciada). Se llega a poder abordar el intento por "borrar la existencia" de una acción, que pese a entramarse en la "enfermedad familiar" (como ella misma lo denomina) fue "suya"; frente a la cual ella se define como habiendo sido "cobarde", pero "habiendo sido"; en relación a la cual se arrepiente, pero que existió, que la constituyó como alguna otra de sus experiencias. Pareciera que el "mí" que en otros casos será a trabajar, a agujerear, a deconstruir, a desmontar, en éste, tendría que ser construido. De allí la necesidad de una analista que opere como "presencia", como confirmación de tales intentos de construcción, que los sostenga.

Así podrá ser pensado uno de los mínimos esbozos transferenciales que surgen en los primeros tiempos. Frente a la pregunta por cómo le gusta que la llamen (tiene un nombre compuesto) en un primer momento da dos opciones y con la repregunta (¿tal o tal otro?) logra responder hasta con un gesto de complacencia. Ser "nombrada" entonces, abrirá una primera posibilidad de intervención hacia un posible pasaje de la *identidad* -aún tambaleante- hacia una posible (nueva) *identificación*.

Y en la misma línea, dar testimonio con la presencia del analista de todo aquello que pueda surgir

como autoreferenciamiento (que en una posterior entrevista logra esbozarse: "hay algo atrás... Sonia... me fastidia la mentira, la hipocresía... no tengo claro por qué, pero *tiene que ver conmigo*"), porque en ello habrá un intento de construcción posibilitadora de cierto sosegamiento. Estrategia que por el momento se continúa explorando.

Esto posibilitó pasar de un "todo" que no se puede tocar, a vislumbrar las "partes" que sí deben ser abordadas; sostener lo que puede *irse constituyendo* y, sobre todo, acompañar este lento pero quizás fructífero proceso.

Si no se logra ubicar, en principio, algo del orden del deseo, de la falta, habrá que ocupar un lugar de "testigo" que de testimonio -siempre que se lo convoque para ello- de que algo le pertenece, para desde allí poder operar. Si la sospecha es de un *Estadio del espejo* que no habría logrado constituirse satisfactoriamente y que el autoreferenciamiento estaría al servicio de su sustitución, de su suplencia, ésta será la parte a ser "soportada" por el analista, por el dispositivo y quizás, eso mismo, podría pensarse por la vía del acto.

Las posiciones del analista que posibiliten operar se irán dibujando entonces, no desde el totalista temor paralizante, sino desde la partición sostenida en ciertos recaudos. Oscilaciones entre el saber y el no saber que posibilitarían dar alojamiento. Aceptación de la falta que augure la operación clínica. Pasaje de la *impotencia* (donde *todo* es posible) a la *imposibilidad* (donde la barra -y la parte- puedan instalarse) ¿Ahora sí entonces un Otro con posibilidades de "ser prestado"? De ser así, quizás, podríamos pensar al Otro del analista como soporte, en este momento del tratamiento, de las posibilidades subjetivas del analizante.

Del *todo a la parte*, para María, se traduce en la posibilidad del pasaje desde un "entorno" sin claros límites, con personajes que se superponen, donde todo se mezcla en un confuso conglomerado, a la ubicación de los lugares asignados a cada uno de esos personajes, a la discriminación, a la diferencia, en fin, a la delimitación de otro campo.

Y es justamente allí donde otra diferencia, que no se podría abordar más que como una consecuencia de aquello, se hace sentir. Por primera vez se interpela a la analista: "¿Usted qué me aconseja?". Ahora bien, tal interpellación abrirá un nuevo interrogante: ¿Asistimos a la entrada de la analista en una de las series psíquicas de un neurótico o, por el contrario, se trata de la adherencia masiva, sin límites, sin metáfora, que no tiene ya que ver con un alojarse en el Otro, sino con «colgarse» de una presencia a expensas de un montaje de la pulsión que insiste?

Actualmente, contamos con la posibilidad de seguir indagando por estas vías aunque la cuestión diagnóstica ya no nos guía... María y sus recorridos, sí... ■

## Notas

1. Y en lo referente a cómo "el Ideal del yo ha ocupado el lugar del Otro" en el esquema I de Lacan, cfr. Eric Laurent, *Estabilizaciones en las psicosis*, Manantial, 1989.

2. Utilizo tal expresión para intentar dar cuenta de un espacio, a la vez exterior e íntimo, que considero puede ser una de las formas de abordar el espacio de supervisión. A la vez, constituye una referencia explícita a la manera en que Lacan denomina a das Ding, la Cosa, en el Seminario 7 "La ética del psicoanálisis". Referencia quizás ilustrativa en este caso por los mecanismos subjetivos que a partir de él se ponen en juego.